

LIBROS

Al término de un largo viaje

El 18 de noviembre se cumplirán veinte años de la muerte de Paul Eluard. A la distancia de dos décadas, el poeta francés aparece como uno de los más importantes escritores eróticos de nuestro siglo. Entendiendo la palabra erotismo en su sentido más amplio, más universal, tal como expone Jorge Urrutia (1), excelente antólogo, traductor y prologuista de los «Poemas» de Eluard, recientemente aparecidos en su versión española (2): «Eluard ha sabido unir perfectamente la experiencia amorosa y la experiencia poética. A lo largo de su obra pueden marcarse tres ciclos y cada uno lleva la forma de una mujer. Porque la mujer no sólo está presente en los poemas de amor. O, mejor dicho, Eluard sólo escribe poemas de amor. De amor al mundo, de amor a los hombres. Y la mujer es aquello que el poeta tiene más cerca para comprobar la grandeza del hombre».

Amor que —como indica el propio Urrutia— se confunde muchas veces con libertad dentro de la obra del autor de «Capitale de la douleur», quizá su libro más definitorio, escrito por el poeta en 1926 cuando sólo contaba treinta años y compartía su vida con Gala, la que poco más tarde sería compañera de Dalí. A esa libertad, Eluard dedicaría toda su vida sin temor a comprometerse políticamente.

(1) Que también acaba de publicar un aportador folleto, «Ensayos de lingüística externa cinematográfica», número 1 de la colección Cuadernos del Seminario de Estudios Cinematográficos, del colegio universitario de San Pablo (CEU).

(2) «Poemas», de Paul Eluard, antología en texto bilingüe, versión de Jorge Urrutia. Colección Seleccionados de Poesía Universal. Editorial Plaza & Janés, Barcelona, 1972.

te de una forma muy directa, tanto antes de la segunda guerra mundial («Comité de Vigilancia de los Intelectuales») como durante el transcurso de ella (jefe de la zona Norte del «Comité Nacional de Escritores» formado en la resistencia, del que fue hombre decisivo junto con Louis Aragon, perseguido por los nazis especialmente a partir de la aparición de «Poésie et vérité 1942»), al margen de su permanencia intermitente en el partido comunista francés.

De entre todos los textos antologados en la actual edición española, yo elegiría un fragmento de «Noches compartidas» —del libro



Paul Eluard.

«La vida inmediata», 1932—, no sólo por lo que tiene de resumen de la problemática de Eluard, sino esencialmente por su carácter de síntesis de nuestras contradicciones más íntimas, de nuestro desequilibrio cotidiano nunca resuelto: «Al término de un largo viaje, tal vez yo no iré hacia esa puerta que tan bien conocemos los dos, ya no entraré tal vez en esa habitación a donde la desesperación y el deseo de acabar con la desesperación me han atraído tantas veces. A fuerza de ser un hombre incapaz de superar su ignorancia de sí mismo y del destino, tomaré tal vez partido por seres diferentes del que había inventado. ¿Para qué podré servirles?». Lucidez tan increíble que llega a poner la carne de gallina, no es caso aislado dentro de uno de los libros más apasionantes que hoy se pueden leer entre nosotros. ■ FERNANDO LARA.

Un centenario olvidado: Luis Bello

En el año del centenario de Baroja, no puede extra-

ñarnos que esté pasando inadvertido el de Luis Bello, escritor y periodista, nacido en Alba de Tormes (Salamanca) el 6 de diciembre de 1872. Y, sin embargo, aunque olvidado hoy, el «misionero» Luis Bello fue uno de los periodistas más populares que ha dado España.

Perteneciente a la generación de la República, cursó estudios de Derecho en Madrid. En el significativo año de 1898 ingresó en la redacción de «El Heraldo de Madrid», donde inició su carrera periodística. Antes había ejercido la profesión de abogado en el bufete de Canalejas. Comenzó haciendo extractos de las sesiones del Congreso. De «El Heraldo» pasó a «El Imparcial», perteneciendo dos años a su equipo de redactores en la primera etapa del famoso diario. Ingresó luego en «España», y terminó esta primera etapa de su vida fundando «La Crítica» con Cuartero y Cristóbal de Castro. Al desaparecer «La Crítica» marchó a París como corresponsal de «España». En la capital francesa permaneció un año, escribiendo su primer libro, «El tributo a París», uno de los mejores libros escritos en español sobre la ciudad del Sena.

De regreso a España vuelve a colaborar en «El Imparcial», dirigiendo los famosos «Lunes», y escribe para «El Mundo» y «El Radical», y funda la revista «Europa», precursora de «España». Dirigió después «El Liberal», de Bilbao, pasando luego a engrosar las filas de «El Sol», donde realizó su gran obra que ganó la admiración de España entera: su campaña en favor de la escuela nacional.

Durante años, solo o acompañado por algunos amigos, Luis Bello visitó las escuelas de España, conversó con maestros, alumnos, autoridades y hombres de pueblo, y sus artículos, resultado de sus visitas, despertaron la admiración de la gente. Estos artículos constituyeron durante muchos meses la nota más interesante, más viva, más esperanzadora de la vida nacional. El magisterio español tuvo en él uno de sus más ilustres defensores. Los millares de niños sin escuelas pueden considerarle como el primero de sus protectores.

El 23 de marzo de 1928, cuando las visitas de escuelas habían aparecido en tres tomos, Araquistain publicaba en «El Sol» un gran artículo pidiendo un homenaje nacional para Luis Bello.

Al poco tiempo, toda la nación se sumaba. Con pequeñas aportaciones se reunieron más de 100.000 pesetas. El propósito era comprar una casa al ilustre escritor. España entera lo convirtió pronto en realidad.

Acostumbrados a la mediocridad admirativa de nuestros días, no podemos comprender lo que fueron aquellas explosiones de auténtica popularidad. Fue un movimiento de admiración a una obra de carácter nacional al que se sumó toda la España liberal y viva. Finalizaban los días de la Dictadura del general Primo de Rivera y España estallaba en ansias de renovación de los auténticos valores nacionales. Luis Bello, desde las poco repetibles páginas de aquel diario, se convirtió en el verdadero adalid e intérprete de las ansias nacionales. Sus crónicas diarias de entonces constituyen una antología de lo que debe ser el trabajo periodístico.

Al proclamarse la segunda República, Bello fue elegido diputado para las Cortes Constituyentes, formando parte de la Comisión que redactó el texto constitucional. Presidió también la Comisión del Estatuto de Cataluña. Durante el bienio izquierdista dirigió el diario republicano «Luz» y si-

EL TESTIMONIO VIVO DE MELINA MERCOURI

Apasionada, vital, Melina Mercouri es una mediterránea como de fábula. «Miraba es la razón de este libro», escribe en alguno de sus capítulos. El libro es «Nací griega», y uno de sus más punzantes capítulos fue publicado previamente por TRIUNFO. Toda su última parte es una descripción del golpe de Estado llamado «de los coroneles», de la implantación de la dictadura, las cárceles, las torturas y el sofoco de la libertad; y de su lucha personal —incesante— contra este poder, tan altamente apoyado, sin omitir las acusaciones contra los Estados Unidos y la CIA. Pero antes, Melina Mercouri cuenta su infancia, Atenas, las islas, sus amores, el cine, Europa, el exilio, con palabras llenas de color y de vida. Una adoración por la belleza física, el sol, el amor, forman la personalidad de Melina Mercouri. Observadora, dotada de un fino sentido del humor, describe personajes, famosos algunos en el mundo entero —como Greta Garbo o como Theodorakis—, otros puramente locales o familiares —su abuelo, sus amantes, sus familiares—, con fuerza y con emoción. Se aprende más de la Grecia contemporánea leyendo este libro

que todos los documentos, las historias o reportajes que se han multiplicado estos últimos tiempos. ■ J. A.

Melina Mercouri, «Nací griega»; traducción de Angela Pérez. Editorial Dopesa, Barcelona, 1972.

